

## XIV

Doña Amparo lo había dispuesto todo.

—Hoy coméis todos en casa... ¡No sabéis cuán contenta me ha puesto la resolución de Felipe! ¡Tengo ya ganas de verlos casados!... Lamento sólo esa debilidad de Rosa, pero, en fin, espero que se le pasará con un poco de reposo... Siempre la han dominado los nervios... De chiquitina tenía rabietas por nada... Antojadiza, caprichosa... No hay que hacer mucho caso de ella.

Isabel, paliducha, pero firme, no había opuesto reparo a la gesta.

Sólo había dicho:

—Espero que a la hora de comer Rosa ya estará bien... Quiero que ella no falte... ¡Hoy va a ser un gran día para todos!

Y doña Amparo lo había aceptado crédulamente. ¿No se había de engañar, si Isabel lo dijo con una placidez tan convincente, que dudarlo sólo habría sido una ofensa?

Isabel había estado buscando a Serafín. Costóle trabajo dar con él, porque el muchacho no dejaba a sol ni a sombra a su hermano, confortándolo en su decaimiento.

—¡Te buscaba, Serafín!

—¡Olé, cuerpo bueno! ¡Buscándome tú, y yo perdiendo el tiempo por ahí! ¿Qué me quieres?

—Decirte algo que no sé si sabes... porque ya no sé quien me es leal en esta casa.

Serafín se alarmó.

—Me ofendes... Nos ofendes a todos sin razón...

—Sé lo que me digo... ¿Tú ignoras que Felipe no me quiere?

—¿Con esas me sales ahora y después de lo de esta mañana?

—Por lo de esta mañana hablo precisamente.

—Pues dices un absurdo.

—Atiéndeme de una vez y no comantes... Felipe no me quiere... Felipe quiere a Rosa.

Serafín pegó un salto, no por la revelación, sino por oír la de labios de Isabel.

—¿Quién te ha contado esa paparrucha? ¿"los halloqueros" de Pintano?

—La he sabido por mí misma, Serafín... Y tanto finges no saber, que ya adivino que sabías demasiado.

—Vas a creer que yo... ¿Y qué has sabido tú?

—Todo... Que Rosa y Felipe hace tiempo se aman, y que Rosa iba a envenenarse con sublimado...

—¡Jesús!

—Como lo oyes. He leído cartas, y ella ha confesado...

Serafín se tiraba de los pelos.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

—Ninguna... Donde me ves tan femenina, tan blandengue, tan... "poquita cosa", voy a daros a todos lecciones de fortaleza

—¡No hagas ningún disparate!

—Pierde cuidado...

—Es que si lo haces, yo te sigo, Isabel...

Conmovióse la joven ante la adhesión franca del mozo.

—¿No has sabido resistir tú el desengaño? ¿Por qué quieres que yo sea menos?

—Es que yo...

—Ya sé que vas a decirme: que eres hombre. ¡Valiente resistencia la de los hombres! ¡La del plomo, que en aplicándole una cerilla se derrite como cera!

—Yo no,—declaró con orgullo Serafín.— Ya ves con que aptible filosofía me tomé el clubasco.

—Porque me tuviste a mí.

—Eso sí que es verdad... ¡Pero tú me tienes a mí también, que soy por ti capaz de todos los sacrificios!

—Gracias, Serafín... Cuento contigo.

—Así me gusta... Pero ahora dime cómo has sabido...

Isabel, de un tirón, contóle lo ocurrido, sin hacer caso de los espavientos y cruces que se hacía el joven.

—Pues, bien, sí. Yo he sabido hoy mismo el drama de mi

Recibidas las últimas nove

dades para la presente tem

porada de Invierno